

A este tiempo el general en jefe llegó al campo de los sitiadores el 24 de junio por la tarde. Después de ver y aprobar los trabajos apresuró sobremodera el establecimiento de las baterías para que se tirara á abrir brecha al punto. Al día siguiente 25 empezó el cañoneo por la mañana. Cuarenta y seis bocas de fuego, disparando unas de derecha é izquierda á fin de batir de revés las fortificaciones de la plaza, jugando las otras de frente para derribar el muro del recinto, causaron muy grandes destrozos en las obras de los contrarios. Vióse que saltaban muchos depósitos de municiones, al par que estallaba el incendio en algunas casas, y que el coronamiento de ambos recintos rodaba á los fosos. No obstante, la artillería de la plaza respondió á la nuestra y hasta nos hizo algunos estragos, desmontándonos muchas piezas y dejando buen número de artilleros fuera de combate. Todo el día 26 duró el fuego, y ya trataron los sitiadores de desembarzarse del convento de Santa Cruz que, aun cuando conquistado en parte, siempre molestaba la derecha de nuestras trincheras, por lo cual hubo empeño de ganarlo definitivamente. Trescientos granaderos se arrojaron á la empresa por una abertura que practicaron nuestros zapadores de ingenieros, y desalojaron de allí á los españoles, ya obligados de consiguiente á acogerse al recinto de la plaza. A la izquierda procuróse hacer otro tanto con el convento de San Francisco, pero enlazado al arrabal del mismo nombre, formaba un conjunto de obras que no permitia que se improvisara el ataque, y hubo que renunciar á la tentativa.

Entretanto no se interrumpió nuestro fuego, bien que al mariscal Massena le pareciera poco nu-

trido y se quejara de los oficiales del sexto cuerpo, de cuyas resultas mandó imperiosamente al general Eblé tomar el mando directo de la artillería. Este fué un nuevo disgusto para el mariscal Ney, que cuidaba mucho de ir contando todos los que sufría evitables ó inevitables. Algunos cambios introdujo el general Eblé en la disposición de las baterías, consiguió hacer mas destructores nuestros fuegos, y ya el día 28, merced á sus afanes, los dos recintos, que por la situación dominante del Teso se pudieron batir desde larga distancia, no presentaron mas que ruinas que cogaban el foso. A juzgar desde el punto de embestida eran practicables las dos brechas, y así el mariscal Massena quiso inmediatamente dar el asalto, porque la acumulacion de las tropas sobre terreno tan ingrato, las exponia á enfermedades, y porque los ingleses, á pesar de la inverosimilitud de que se arrojaran á una operación ofensiva, habian cruzado el Coa, riachuelo paralelo al Agueda, y amenazaban aproximarse. Intímose la rendicion al general Herrasti diciéndole que harto habia hecho por su honra, que no podia abrigar la presuncion de detener junto á una brecha la bravura del ejército de Portugal, y que si se obstinaba en la defensa se exponia á que su guarnicion pereciera pasada á cuchillo.

Con efecto, ya empezaban á flaquear los soldados, pero los frailes seguian excitando al pueblo, y tambien se oponian á la entrega de la plaza los refugiados del país que allí habian llevado consigo lo mas precioso. Una circunstancia favorecia su propósito de resistencia. Habiendo sido abierta la brecha de lejos, antes de llevar los franceses hasta el borde del foso sus trabajos de aproche, estaba

intacta la parte del muro opuesta á la plaza á que se da el nombre de contraescarpa. Por consiguiente la brecha, ya practicable hácia el lado de la ciudad no lo estaba hácia el lado del campo, no pudiendo saltar al foso para subir al asalto sino precipitándose desde la altura de un muro. Y empeñado el general Herrasti, no por fanatismo, sino por honor militar, en llenar su deber de la manera mas cumplida, hizo valer esta circunstancia para desechar la intimacion del mariscal Massena, y despachó á lord Wellington un emisario á fin de suplicarle que acudiera en su ayuda.

Esta resistencia inesperada desazonó grandemente á Massena. Congregados su estado mayor y el del mariscal Ney de resultas, disputóse como de costumbre sobre la causa del contratiempo y se la achacaron unos á otros. Para excusarse los oficiales del sexto cuerpo expresaron que se habia querido ir demasiado aprisa, y que habiendo tratado de abrir brecha antes de derribar la contraescarpa, acontecia que no se hubiese ganado mucho tiempo. Razon les asistia sin duda, mas ello es que habia que tornar á emprender los trabajos de apoché y que dirigirlos desde el Teso hácia el glasis y el borde del foso.

Impacientado el general en jefe eligió en el octavo cuerpo un oficial de mérito sumo, el coronel Valazé, que ya se habia distinguido en el sitio de Astorga, y le encargó que dirigiera la continuacion de los trabajos con el fin de llegar cuanto antes al tan deseado borde del foso: e habló de doce dias; y Massena recomendó con grande instancia que no fueran mas que siete ú ocho los que se invirtieran en dar cima á las obras, pues los viveres escaseaban de

manera que estaba ya á media racion el sexto cuerpo. A este punto llegaba el sitio cuando hubo una falsa alarma, que retardó la concentracion del octavo cuerpo sobre la derecha del sexto, concentracion que era mas de desear cada dia á causa de la proximidad de los ingleses. Noticias llegaron de que un destacamento de tropas inglesas, desembarcado en la Coruña, atacaba á Astorga, y así el general Junot vióse obligado á alargar su derecha para proteger esta plaza, que cerraba las avenidas del reino de Leon á los *insurgentes* de Galicia. Por fortuna esta noticia resultó muy exagerada, pues los que amenazaban á Astorga eran gallegos con uniformes encarnados de que les habian provisto los ingleses. Pronto fueron reconocidos y rechazados, y pudo por fin el octavo cuerpo ir sobre la derecha del sexto situándose en San Felices.

A la verdad esta concentracion, dictada por la prudencia, era menos urgente de lo que se habia creido. Lord Wellington habia avanzado hasta las márgenes del Coa, mas rehusaba dar batalla. En vano los emisarios de Herrasti llegaron á estrecharle para que socorriera á Ciudad-Rodrigo; en vano el marqués de la Romana fué desde Badajoz para suplicarle que interrumpiera las operaciones de los franceses, pues respondió que sin dar batalla no se podia salvar la fortaleza española, y que estaba firmemente resuelto á no arriesgar la suerte del ejército inglés por conservar una plaza casi perdida. Esta dura respuesta, aunque apoyada en razones muy juiciosas, desesperó á los españoles, y les encolerizó contra el que llamaban frio egoismo de los ingleses.

Casi estaban ya terminadas las nuevas obras

dispuestas por Massena, bien que habiendo costado los diez ó doce dias fijados al principio, y así fué que, á pesar de los esfuerzos del coronel Valazé, no se pudo llegar al borde del foso hasta el 5 ó el 6 de julio. Aun cuando el general Simon se habia apoderado á la bayoneta y con singular bravura del convento y del arrabal de San Francisco, para dejar expedita la izquierda de nuestras trincheras, no apareció decaida de aliento la plaza, y fué menester llegar por continuos caracoleos, y bajo un fuego que no alojaba nunca, á la contraescarpa. Por último, para atacarla, se entró en galería cubierta la noche del 6 al 7 de julio, y al dia siguiente se puso fuego á una mina de 400 kilogramos de pólvora que, al estallar, derribó la mampostería sobre el foso. Por desgracia el coronel Valazé, herido en la cabeza por una granada mientras dirigia los trabajos, quedó por muerto algunas horas; mas no por esto se interrumpió el designio, y en breve estuvo practicable la brecha por los dos lados del foso, esto es, á la bajada y á la subida.

Todo lo dispuso el general en jefe el 9 de julio para el asalto. Aun ordenó que la artillería se preparara á la última jornada de fuego con el fin de allanar mas las brechas y de destruir la artillería de la plaza. Desde las cuatro de la mañana nuestras baterías que ascendian ya á doce, empezaron á vomitar sobre la infortunada Ciudad-Rodrigo una granizada de balas, bombas y granadas. Al principio respondieron los contrarios con alguna viveza hasta que de allí á poco su artillería, batida de frente y de revés á un mismo tiempo, hubo de cesar en sus disparos. Ya trabajadas por nues-

tra artillería las dos brechas solo presentaban montones de escombros accesibles á la agilidad de nuestras tropas. Entre tres y cuatro de la tarde el arma de ingenieros declaró completamente practicable las brechas y Massena ordenó el asalto. Dos columnas escogidas formó el mariscal Ney á las órdenes de los generales Simon y Loisson, y colocólas en las trincheras con la música al frente y prontas á desembocar á la primera seña. Segun costumbre pidió algunos hombres que voluntariamente quisieran ir á arrostrar el fuego del enemigo y delante de los dos ejércitos probar la subida de las brechas. En momentos tan solemnes, y sobre todo entre tropas en quienes el sentimiento del honor es vivo, el denuedo llega á su colmo; así se necesitaban tres hombres y se presentaron hasta ciento. Ney envió á la brecha á los llamados Thirion, cabo de granaderos, Bombois carabinero, y Billeret cazador. Estos tres bizerros individuos treparon á paso de carrera á la brecha del primer recinto, despues á la del segundo, y ya en lo alto hicieron fuego al grito de ¡viva el Emperador! Ilesos volvieron y entre las aclamaciones de todas las tropas. Ney dió la señal entonces. Hasta el pie de la primera brecha se lanzaron las dos columnas, y cuando se aprestaban á trasponerla, vióse alzada bandera blanca en signo de rendicion sobre la segunda. A tratar se presentó un anciano de venerables canas, el general Herrasti, avistándose con el mariscal Ney en las mismas ruinas de sus murallas, y allí discutieron las condiciones de la capitulacion juntos. Ney le estrechó la mano como á un valiente, le concedió los honores de la guerra por lo brillante de la defensa, y permitió que

los oficiales españoles conservaran la espada y los soldados la mochila. Acordadas estas condiciones entraron nuestras tropas en la plaza donde penetró por la brecha el general Loisson con sus columnas de asalto, entrando el resto del sexto cuerpo por las puertas de la ciudad entregadas inmediatamente á nuestras tropas.

Ya era tiempo de que fuese vencida esta larga resistencia, porque nuestros soldados empezaban á carecer de lo preciso. Dentro de Ciudad-Rodrigo se hallaron menos recursos que se había esperado: con todo, se recogieron harinas, galletas, carne salada, líquidos, y en suma con que mantener al ejército aquellos días: se hallaron también mas de cien bocas de fuego, muchos cartuchos, pólvora y fusiles ingleses: se hicieron tres mil quinientos prisioneros, pues la guarnición había perdido cerca de quinientos hombres. A nosotros no nos costó menos de mil doscientos, de los cuales cien muertos y mil cien heridos, algunos de gravedad suma, como generalmente casi todos los que lo son en los asedios. Desgraciadamente, viniendo los calores sin intermision tras las lluvias, nos causaron gran número de enfermos, no bajando de tres á cuatro mil los que ya había.

Este primer acto de la campaña de Portugal salió bien. A pesar del espíritu indócil de los gefes y de la indisciplina engendrada por la miseria, las tropas acreditaron la bizarría acostumbrada: delante del enemigo todo se podia aguardar de ellas. El coronel Valazé reparó las primeras faltas cometidas en la direccion de los trabajos, y si no se superó antes la resistencia de los españoles, fué cabalmente por haberla querido superar harto

pronto, pues la historia de la guerra de sitios prueba que el trabajo que se quiere economizar, siendo preciso, hay que ejecutarlo mas tarde con mayor pérdida de tiempo y de hombres.

Tomada Ciudad-Rodrigo había que atacar á Almeida; mas ahora Massena estaba resuelto á no atropellar nada, y á no perder tiempo á fuerza de querer ahorrarlo. Ciudad-Rodrigo cayó el 9 de julio: no se podian empezar las operaciones ofensivas hasta el final de los calores, es decir, hasta el mes de setiembre. Se contaba, pues, con los meses de julio y agosto para sitiar á Almeida, y así determinó volver en persona á Salamanca para acabar de formar los almacenes, de reunir medios de trasporte, y de crear un parque de artillería gruesa mas completo que el de que se sirvió contra Ciudad-Rodrigo. Por mejor fortificada y artillada que esta plaza se reputaba la de Almeida, y no quería emprender su sitio hasta juntar los medios de llevarlo á pronto remate.

Antes de abandonar á Ciudad-Rodrigo dispuso que se repararan las brechas y se pusiera en estado de defensa la plaza. Dentro de sus muros se hallaban los hacendados mas ricos de la comarca: Massena les impuso una contribucion de 500,000 francos, de que tenia grande urgencia para pagar los gastos de las armas de artillería y de ingenieros; y acto continuo regresó á Salamanca, donde durante su ausencia las cosas mas apremiantes habían hecho escasos progresos, no porque sus agentes pecaran de inactivos, sino porque les faltaba autoridad para remover las dificultades. Por consecuencia de la concentracion en Ciudad-Rodrigo, sus tropas fueron reemplaza-

das en Leon por las del general Kellerman y en Valladolid por las de la guardia, y sus gefes no le querian entregar las contribuciones recaudadas en nombre del ejército de Portugal. Un acto de autoridad se requeria para asegurar el ingreso de las sumas que pertenecian á estas tropas, y Massena no tuvo mas arbitrio que el de forzar las cajas de los pagadores para extraer de ellas los fondos indebidamente depositados. Repugnancia tenia Massena de mezclarse en asuntos de esta clase desde las rudas lecciones que Napoleon le dió en Italia, y esta violacion imprescindible de las cajas de la pagaduría fué á sus ojos una nueva causa de disgusto. Resignóse á ella sin embargo, y gracias á lo que obtuvo por este medio, gracias á una remesa de fondos de París, pudo satisfacer algunos meses de sueldo atrasado, bien que no alcanzara á pagarlo todo. Tres meses de salario se quedaron debiendo aun al segundo cuerpo, y dos al sexto y al octavo. Despues logró Massena juntar granos, bueyes, mulas, pollinos sobre todo, y pudo tener la esperanza de entrar en Portugal con viveres para veinte dias, mitad repartidos á los soldados en raciones y llevándolos cada uno, mitad en acémilas; todo tras de dejar á Ciudad-Rodrigo y Almeida abastecidas por muchos meses. Ademas reunió unas sesenta piezas de artillería gruesa, y encaminólas de Ciudad-Rodrigo á Almeida. Estando ya maduras las mieses se proporcionó en el pais hoces é hizo que las segaran los cuerpos sexto y octavo, tarea que no desagradaba al soldado y que le habia de valer gran abundancia, pues aquel año era magnífica la cosecha en España. Por desgracia la mitad de las tierras no estaban sembradas, ó habian sido ya de-

vastadas para dar forrage á los caballos. Con todo lo que todavía quedaba debia proporcionar, además de la actual subsistencia, un útil complemento para los almacenes.

Durante este tiempo dispuso el general en gefe que se procediera á la acometida de Almeida. Adelantándose habia Ney con el sexto cuerpo, seguido del octavo, para arrollar á los ingleses sobre el Coa, riachuelo que, como el Agueda, corre de la sierra de Gata ó de la Estrella al Duero, pasando á tiro de cañon de Almeida. Esta plaza se halla situada á la derecha del Coa, y por consiguiente, hácia donde estábamos nosotros. Persistiendo Lord Wellington en su inmovilidad, á pesar de los gritos de maldicion de los españoles, irritados hasta el extremo de no comunicarse con él para nada, estaba acampado en Alberca, sobre el declive de las alturas que forman el recinto del valle de Mondego, y desde allí observaba friamente lo que pasaba. Solo tenia una vanguardia de sus tropas ligeras á la derecha del Coa, á las órdenes del general Crawford, y fuerte de seis mil infantes y unos mil ginetes. El general en gefe previno al mariscal Ney que se alejara de esta vanguardia, y que le avisara sin demora si los ingleses parecían dispuestos á hacer cara, lo cual no hubiera concordado con su actitud de entonces. Viendo acercarse el momento de las operaciones ofensivas, prescribió á Reynier que pasara el Tajo con el segundo cuerpo y fuera á tomar posicion al otro lado de la gran cordillera que, segun se ha dicho, se llama Guadarrama, entre Segovia y Madrid, sierra de Gata entre Ciudad-Rodrigo y Alcántara, y de la Estrella cuando penetra en Portu-

gal. Mandó tener sus avanzadas hacia Alfayates y Sabugal, junto al desemboque de las montañas, sin abandonar aun á Coria para observar el valle del Tajo.

Los calores y los trabajos del último sitio habían fatigado sobremanera al sexto cuerpo y reducido al hospital á muchos de sus soldados. Por esto el mariscal Ney hubiera querido ir á buscar frescura en la parte montuosa de la comarca, y aguardar allí descansado el fin de los calores, para operar durante el otoño contra Almeida, y contra el ejército inglés despues de tomada la plaza. Tras de conceder el general en jefe un descanso de quince ó veinte dias en julio, quería que Almeida cayera en agosto, para tomar la ofensiva en setiembre, y así mandó proceder inmediatamente á la acometida de Almeida.

Ney ejecutó las órdenes dadas y con singular energía, como se verá ahora. Obligó á la retaguardia de los ingleses á replegarse precipitadamente, empujándola de continuo hasta el fuerte de la Concepcion, obra regular situada en el camino de Ciudad-Rodrigo á Almeida y en la cumbre de una meseta, que domina dicho camino. Minado habían los ingleses este fuerte, no queriendo privarse de una guarnicion para defenderlo, ni dejarlo en manos de nuestras tropas; pero tan velozmente avanzó nuestra caballeria que no les dió tiempo mas que para volar dos bastiones. Fácilmente se podía reparar la obra, bien que no se pensó en tal cosa, pues tampoco á los franceses convenia guarnecer aquel punto. Con la caballeria de Montbrun y la infanteria de la division de Loisson, llegó Ney el 24 de julio delante de Almeida, estrechando muy

de cerca al general Crawford, situado, como hemos dicho, á la derecha del Coa, al frente de seis mil infantes y mil caballos. Este general se retiraba en línea plegada, apoyando su derecha en el Coa y su izquierda en Almeida al amparo de los fuegos de la plaza. Ney, cuyo ardimiento se inflamaba á la vista de los ingleses, propontase cortar primero á los de Almeida, y despues lanzarlos á la quebrada profunda del Coa. Hizólés cargar sobre su izquierda hacia Almeida por Montbrun con la caballeria ligera, con un regimiento de dragones y con las compañías de tiradores formadas durante el último asedio: además, dispuso que la infanteria del general Loisson atacara al par y vivamente su centro y su derecha. Aunque los ingleses no fueran grandes andarines podian forzar el paso durante algunas horas, y no perdieron tiempo en acercarse al Coa, tratando de hacerse firmes á alcance de los fuegos de la plaza que les cubria y del puente que debian cruzar al cabo. Ney los perseguia tan de prisa como ellos ejecutaban su retirada. Bajo el mismo fuego del cañon de Almeida atacólos Montbrun con su caballeria y sus tiradores, y los obligó á alejarse, mientras cayendo Loisson sobre su infanteria los arrollaba hacia el puente. De llevar menos delantera ni un solo hombre se libertara de este cuerpo, y aun así costó de setecientos á ochocientos soldados entre muertos y prisioneros, pérdida sensibilísima para los ingleses por su número escaso y por la presuncion que tenian de no dejarse envolver nunca. Despues de tan brillante golpe de mano se embistió á Almeida, y se comenzaron los establecimientos necesarios para el sexto cuerpo, encargado de

este sitio, cual lo estuvo del precedente. Junót hubiera deseado que cupiera tamaño honor al octavo cuerpo, mas para hacerlo así hubiera sido menester cambiar el orden de batalla, y el general en jefe no lo quiso de ningun modo.

Sabiendo Ney que habria que pasar dos meses en aquellos acantonamientos, hizo que se construyeran barracas para sus tropas, y luego envió á sus soldados á la siega. Soberbio era el trigo, no faltaba ganado, y el ejército pudo permanecer allí sin sufrir privacion alguna. Despues se estendió á distancia á fin de cortar las faginas de que necesitaba forzosamente para los trabajos del sitio, mas que nada por la naturaleza del terreno.

Almeida era un pentágono regular perfectamente fortificado, completamente armado, guarnecido por cinco mil portugueses y situado sobre un terreno de roca, donde habia dificultad de abrir trinchera. De consiguiente, para cubrirse, necesitábanse muchos sacos de tierra, muchas faginas, muchos cestones. Toda la primera quincena de agosto se dedicó á la siega, á proveerse del material indispensable y á esperar la artillería de grueso calibre: ya el 15, día del santo de Napoleon, se abrió trinchera. Massena se habia trasladado al terreno, y eligióse por punto de ataque el fuerte del Sur, así como el bastion de San Pedro, por parecer menos defendido que los otros. No permitia la naturaleza pedregosa del suelo meterse allí mucho y fué menester cubrirse con sacos de tierra. Ahondóse la trinchera los dias siguientes y se prolongó á derecha é izquierda á fin de que fuera posible establecer fuegos de revés contra el bastion atacado en posiciones acomodadas. Estos trabajos cos-

taron hombres y tiempo á causa de haber mal abrigo, y de estar determinado no hacer uso de la artillería hasta que pudieran jugar á la vez todos los fuegos. Para suplirla se colocaron tiradores dentro de hoyos, á la manera que en Ciudad-Rodrigo, encargándoles disparar contra los artilleros contrarios. Sin embargo, se adelantaba lentamente, porque á cada instante se encontraba la roca viva, y habia que recurrir á la mina para ahondar la trincheras. No bien estuvo abierta la primera paralela en su extension toda, se desembocó en zig zag para proceder á abrirla segunda, y llevóse muy cerca del bastion de San Pedro sin disparar un cañonazo.

Mientras se ejecutaban los trabajos de aproche, construyéronse once baterías, y se armaron con sesenta y cuatro piezas de grueso calibre, llevadas de Ciudad-Rodrigo y de Salamanca. Estando pronta la artillería la mañana del 26 de agosto, mandó el mariscal Massena romper el fuego. Al caer los proyectiles en todas direcciones sobre una plaza pequeña, que, aun cuando bien fortificada, podia ser casi envuelta por las baterías de los sitiadores, causaron grandes destrozos. Con vigor respondió el enemigo, pero sin poder hacer frente á nuestra artillería, servida con tanta exactitud como viveza. Muchos edificios eran consumidos por las llamas. De noche, cayendo una bomba felizmente dirigida sobre el almacen de pólvora que se hallaba en el mismo centro de la ciudad y en el castillo, produjo una explosion espantosa. Varias casas se vinieron abajo, y perecieron unos quinientos hombres entre soldados y vecinos: tambien rodaron al toso algunas piezas de artillería, y se

resquebrajaron diversos trozos de baluartes. Nuestras trincheras quedaron atestadas de tierra, de guijarros y de escombros de todas clases hasta el extremo de necesitarse grandes trabajos para limpiarlas.

Al despuntar la mañana del 27 fué cuando se descubrió especialmente en todo su horror el desastre de la plaza. Consternados clamaban los habitantes porque no se les expusiera á aquellos estragos de la pólvora por mas tiempo; indignadas las tropas de Almeida, como los defensores de Ciudad-Rodrigo, de resultas de la perseverante inmovilidad de los ingleses, decian que no se les debia sacrificar mas tiempo al egoismo de un aliado implacable, y hablaban tambien de rendirse. Juzgando Massena con tino del desorden que debia reinar en la plaza, intimó la entrega el dia 27, escribiendo al gobernador que, tras un accidente como el que acababa de abrumarle, no era posible llevar mas adelante la resistencia; y así el gobernador se puso á parlamentar y á disputar sobre las condiciones. Entretanto un general portugués, el marqués de Alorna, que iba con nosotros, lo mismo que varios oficiales compatriotas suyos, presentóse junto al baluarte á fin de ensayar su influencia sobre los portugueses, y habló con algunos oficiales de la guarnicion de la plaza, siendo amigablemente recibido. Todo probaba que aquella guarnicion no queria ya defenderse: sin embargo, habiendo aun disputado el gobernador todo el dia, Massena mandó romper de nuevo el fuego, bien que solo hubo que disparar algunos cañonazos, pues á las once de la noche fué aceptada la capitulacion bajo las condiciones dictadas por nosotros.

A otro dia, 27 de agosto, el sexto cuerpo, que tuvo la gloria de este segundo sitio como la del primero, entró en Almeida, y empezó así la invasion de Portugal con dos hechos de armas gloriosos. Cerca de cinco mil hombres se hallaron dentro de la plaza, bastantes provisiones de boca y una excelente artilleria. Aquellos cinco mil prisioneros de la guarnicion eran del regimiento de linea portugués número 24 y de milicias. Todos, y particularmente los últimos embarazaban mucho á Massena, y como los ingleses habian tratado de persuadir á los habitantes de Portugal que los franceses tenian costumbre de matar á cuantos caian en sus manos, creyó muy provechoso desmentir semejantes rumores soltando á los milicianos, pertenecientes la mayor parte al paisanage, y encargándoles decir á sus compatriotas que los que no se defendieran serian tratados con la misma indulgencia. Por consejo del marqués de Alorna, propuso Massena al 24.º regimiento de linea que entrara al servicio de Francia, á imitacion de otros portugueses, que ya militaban en nuestras filas, y hallóse propicio á admitir la propuesta. Todos aceptaron, soldados y oficiales, unos para desertar de allí á poco, otros por resentimiento contra los ingleses, que les dejaban batirse sin llevarles socorro. Massena hizo reparar á Almeida de seguida para ponerla en estado de defensa.

Estaba, pues, felizmente llevada á remate la primera parte del plan de campaña, que consistia en señorear las fortalezas de la frontera. Se tenia una buena base de operaciones, buena con tal de que se lograran abastecer las plazas conquistadas, crear hospitales, almacenes, y situar allí fuerzas



bastantes para tener expeditas las comunicaciones. Solo que habia mucho con Ciudad-Rodrigo y Almeida, por ser dos y no una las guarniciones que habia que dejar á la espalda, doble el abastecimiento que habia que proporcionarse, doble el cuidado de defensa para un mismo objeto, hallándose tan próximas las dos plazas que la una servia para el mismo uso que la otra. Asi Massena quiso destruir á Almeida, y esto fuera lo mas acertado; pero, ignorando que Napoleon en París opinaba lo mismo sobre este punto y no sabiéndolo hasta mas tarde, prescribió que se reparara y pusiera en estado de defensa la plaza y dedicóse finalmente á adoptar las últimas disposiciones para su entrada en Portugal.

Setiembre corria á la sazón y del 12 al 15 pensaba cruzar la frontera. Despues de felicitarle mucho Napoleon por la toma de Ciudad-Rodrigo y de Almeida, aguijoneóle para moverse con actividad suma y lanzarse, una vez emprendida la marcha, sin reparar sobre los ingleses. — «No son mas de veinte y cinco mil (le escribia); á cerca de sesenta mil deben ascender vuestros soldados aun despues de los sitios y de las enfermedades estivales. ¿Cómo veinte y cinco mil ingleses han de poder resistir á sesenta mil franceses confiados á vuestro mando? Vacilar sería un escándalo de debilidad que no es de temer en un general como el duque de Rivoli y príncipe de Essling.» — No necesitaba Massena que se le estimulara á arrojarse resueltamente sobre los ingleses cuando los cogiera por delante, pero veia con dolor las ilusiones que Napoleon se forjaba sobre la fuerza de ambas huestes, y le mortificaba el presentimiento vago de que él

seria la primera víctima de tales ilusiones, mientras que Napoleon lo era á su turno, lo cual nadie previa entonces, salvo quizá el general británico por ser el único bien situado en Europa aquellos dias para juzgar atinadamente.

Por desgracia Massena distaba de tener lo que Napoleon suponía, y los ingleses contaban con muy otras fuerzas que imaginaba. No de ochenta mil hombres, como en París se creía, sino de sesenta y seis mil constaban los tres cuerpos de Ney, Junot y Reynier, y para entrar en Portugal podian reunir unos cincuenta mil á lo sumo. Con efecto, los sitios habian costado al cuerpo del mariscal Ney como dos mil hombres; habiendo pasado rápidamente la estación de las lluvias continuas á los calores sofocantes, se habia mermado el cuerpo de Ney, y mas el de Junot, compuesto de jóvenes casi todo, lo menos en siete ú ocho mil hombres. En las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, habia que dejar guarniciones que no podian bajar de mil doscientos hombres en la una, y de mil ochocientos en la otra, en totalidad tres mil soldados. Ademas convenia dejar algunas tropas válidas á retaguardia, y no obstante su deseo de no diseminar fuerzas, independientemente de las guarniciones de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, resolvió el general en jefe dejar al general Gardanne una columna de tres mil hombres, compuesta de mil dragones y dos mil soldados de infantería para mantener desembarazados los caminos entre las plazas que formaban nuestra base de operaciones, para acabar los vastos almacenes que importaba tener á la espalda y para recoger á los hombres que salieran de los hospitales. Por estos diversos